

Sr. Alcalde  
Miembros de la comisión de festejos  
Queridos vecinos de Campillo

Quizás algunos de ustedes se estén preguntando quién soy yo y a cuento de qué estoy aquí, leyendo el pregón de las fiestas de este año.

Pues soy Teresa, sí, una de las dos hijas de “Los madrileños”. Figúrense que llegué aquí con ocho años y después de... bueno, de unos cuantos años, va el Alcalde y me dice a mí que si quiero hacer de pregonera. No se pueden imaginar la ilusión con la que vivo este momento, quizás con la misma que la reina de las fiestas... y sus damas de honor...

Yo como no nací en Campillo, pensaba desde pequeña que jamás podría ser la reina, ni siquiera una dama de honor, pero ya ven, ahora estoy aquí.

La verdad es que tengo muchas cosas que decirles, pero no se preocupen, no quiero contarles un rollo, sólo quisiera decirles algo que para mí es importante. Permítanme que empiece por dar las gracias a alguien muy especial para mí: mi padre. Fue él, junto con mi madre, quien un día decidió traernos aquí y regalarnos a sus hijas la ilusión de decir: “nos vamos al pueblo”.

Y así fue como un buen día dijimos de verdad: “nos vamos al pueblo”, y hemos seguido diciéndolo durante muchos años y por motivos muy especiales: buscando descanso durante bastantes fines de semana, y también como ahora, porque son las fiestas de Nuestra Señora de la Loma.

Los que sois de aquí seguramente no entenderán muy bien todo esto, pero para las personas es muy importante saber que siempre tienen un sitio al que ir y en el que, sobre todo, te conocen y te llaman por tu nombre. Nosotros somos “Los madrileños”, pero en Madrid también nos preguntan y nosotros siempre decimos que somos de aquí. Vamos, un lío, pero no tanto.

Me explico: yo vivo en Madrid, pero me siento de Campillo.

Cuando estoy en la capital hay días que ansío volver al pueblo, déjenme que diga, mi pueblo, el pueblo de toda mi familia. Me gusta asomarme a la ventana de mi habitación y ver la ermita. Yo tengo definidos aquí colores como el amarillo del girasol y el morado del azafrán. Tengo también olores que recordar, como los del ajo y el gazpacho manchego que prepara con tanto cariño Pedro para toda la familia. Y tengo también impregnado en la memoria el olor de los pastelillos, esos sequillos que ya casi no se hacen. Cierro los ojos y puedo recuperar el aroma de las calles oliendo a magdalena recién hecha.

Esta memoria sentimental está también trabada con otros recuerdos, remembranzas vivas como idénticas a si éste fuera mi pueblo.

Quizás el Alcalde no se acuerde, pero tengo en mi memoria la imagen de verme paseando con mi hermana y mis amigas por la plaza y recibir alguna pedrada. ¿Tú te acuerdas, Chamari? Eran otros tiempos y a lo mejor esa era la forma, un tanto rústica,

desde luego, de mostrar aprecio. No guardo ningún rencor, sino bien al contrario, lo rememoro con todo el cariño.

Decía un poeta, Oscar Wilde, que su patria era su infancia. Yo desde luego a ella me debo. Y si la infancia de Machado eran recuerdos de un patio de Sevilla donde maduraba fresco el limonero, la mía está prendada en el ambiente de este pueblo.

Ahora no está Rafael, el amigo de mi padre, pero recuerdo ir al bar y verles jugando a las cartas... Y recuerdo lo que me gustó escuchar aquí, en Campillo, a los niños, como a los pajaritos que aún no han dejado el nido les decíais “guachos”.

Me pregunto, campillanos, si todo esto no me da derecho a leer el pregón de vuestras fiestas, de mis fiestas, y a poder decir muy alto que yo y los míos somos campillanos.

Os decía que no iba a soltaros un rollo, y voy a intentarlo. No obstante, si a alguien no le gusta está permitido tirar piedras, aunque confío en que no tenga buena puntería. De paso pido que, si alguien se aburre, abandone discretamente la plaza sin hacer ruido, más que nada para no despertar a los que se queden.

Celebramos las fiestas de Nuestra Señora de la Loma y me he tomado la molestia de indagar un poco en la historia de esta celebración. Me parece que estoy en el lugar adecuado y en el momento adecuado para hablar de ello. Para mí ha sido un descubrimiento, y espero que para algunos de ustedes también les descubra algo haciendo referencia al convento que aquí se inauguró en septiembre de 1.712, es decir, hace ahora mismo 284 años, y que lleva el nombre de la patrona que festejamos.

No me remontaré a los avatares que rodearon el inicio de la construcción, en 1.681, del convento, ni a los muy anteriores hechos, del año 1.176, cuando en el cerco puesto a Cuenca por el rey de Castilla con ayuda del de Aragón se encontró dentro de una caja la imagen de la Virgen. Imagen que después custodiaron los alcaldes de Campillo instalándola sobre un nicho en la puerta de la Ermita de la Virgen de los Ángeles, situada en las afueras del pueblo.

La fama de esta imagen fue creciendo por los milagros que operaba, y los vecinos de Campillo y de la comarca de los alrededores decidieron levantar una capilla más suntuosa que la ermita. Pero como también la capilla les pareció poco, más adelante decidieron levantar un convento.

Era enero, a comienzo de mes, exactamente el día 8 de 1.680. Hay que suponer, por la fecha, que sería un día frío. Aquí se reunieron el vicario general, el padre rector, el cura de la parroquia de San Andrés, y en presencia del clero y el escribano público los asistentes dieron su consentimiento para fundar un convento en la Ermita de la Virgen de los Ángeles, que ya entonces la llamaban de la Loma en recuerdo de que la imagen fue encontrada durante el cerco a Cuenca en la falda de un monte o loma.

Ese año se decidió la construcción, y 32 años después (entonces no había promotores inmobiliarios ni especuladores del ladrillo, la construcción era oficio de artesanos), en 1.712 asistimos a la inauguración del convento de Nuestra Señora de la Loma de Campillo de Altobuey.

Veán ustedes como se celebró el acontecimiento, y recuerden que estamos hablando del 7 de septiembre de 1.712, un día igual que hoy de hace casi trescientos años: A las doce del mediodía tocaron las campanas de la parroquia, ermita y conventos, y se dispararon multitud de cohetes. El estruendo movió los corazones de los devotos de la villa. A las tres de la tarde se formó la procesión de vecinos, que bajaron acompañados de unos cien hombres vestido a lo militar, todos ataviados con las más ricas galas que podían. Había también en la procesión muchos forasteros, que iba amenizada por tambores y dulzainas. Después de la procesión se sirvieron en la sacristía dulces y refrescos.

Pero lo mejor viene cuando les diga lo que costó: cien reales de a ocho, abonados entre los vecinos de la villa y los clérigos. Vivimos tiempo de austeridad y un presupuesto como aquél sería muy bien recibido, pero una cosa es ahorrar y otra ser tacaño, algo que no va con este pueblo que sabe ser generoso cuando hay que serlo.

Siguieron las fiestas durante cuatro días más, y en todos ellos no faltó la música, el vino y el baile. Se siguieron disparando cohetes, hubo teatro de comedias, se encendieron luminarias y se coronó la fiesta con una corrida de seis toros de muerte, dos que aportó la villa, otros dos el cabildo eclesiástico y otro sufragado entre varios particulares.

Sería demasiado prolijo abundar en más detalles, pero quien desee conocerlos puede acudir a los escritos recopilados por un campillano ilustre, Salvador H. S., y así conocerá mejor la historia de este pueblo.

Por mi parte sólo resta darles las gracias por su atención, desearles que pasen unas felices fiestas y pedirles que griten conmigo “Vivan las fiestas de la Virgen de la Loma”.